

EL SILENCIO DE UNA MUJER



a misma pesadilla de siempre seguida del mismo grito ahogado.

Volvía a despertar en un mundo lóbrego, sombrío, que había sido descrito como una utopía perfecta cuando, ciertamente, estaba lejos de serlo.

Sacando fuerzas de flaqueza, se levantó de la cama sin despertar al que yacía dormido a su lado y, en pasos silenciosos, se dirigió al baño para asearse lo más rápido posible. Una vez allí, observó detenidamente su cara y en cuestión de segundos, lágrimas rebeldes empaparon su rostro, recordando el infierno en el que vivía. Palpó sutilmente su mejilla derecha, hasta que el dolor punzante de siempre apareció y se vio obligada a apartar su mano con rapidez. Un reciente hematoma se extendía a lo largo de su pómulo debido a la pelea de anoche, donde un pequeño despiste había sido crucial para que él le pusiera, una vez más, la mano encima. Sacudió su cabeza, intentando alejar de su mente todos esos recuerdos dañinos. De esta manera, podría volver a ser la mujer sumisa que él quería que fuera.

Bajó las escaleras en silencio y se dirigió a la cocina, guarida de bestias tales como el llanto y la desesperación. Allí encontró miles de trozos esparcidos por el suelo de lo que alguna vez había sido un jarrón y, quizás, un corazón latente. Los miró con tristeza e incluso con melancolía, pues sabía que permanecerían rotos para siempre, al igual que ella. Pasados los minutos, se oyeron pasos a la lejanía. Él ya se había despertado. Su corazón latía al ritmo de cada una de sus pisadas, palpitando de puro miedo; pues sabía que el lado afable de su pareja apenas hacía acto de presencia, al igual que su oportunidad de escapar de un castillo infranqueable.

Apenas bastaron varios segundos bajo su mirada para sentirse completamente expuesta e inútil, como si no valiese nada. Al fin y al cabo, esas eran las palabras que salían continuamente de los labios de él, grabándolas a fuego en su cabeza. Y esa vez no

fue la excepción, pues no tardó en soltar la misma retahíla de siempre disfrazada de palabras bonitas y frases decoradas. Había oído tantas veces las mismas mentiras, que ya se había creído cada una de ellas. Aquellas que la convertían en una incompetente, torpe e incluso en una ignorante; pero sobre todo aquella que tanto costaba creer y que contradecía todos sus actos: esa que decía que la quería y que no podía vivir sin ella.

Cuando él se marchó a trabajar, reinó en la casa el silencio que solo aparecía cuando el falso príncipe abandonaba su castillo. De esta manera, quedaba en libertad reducida la pobre esclava que vivía encerrada tras aquellas paredes.

Como todos los días, intentó buscar soluciones contra su desesperada situación. Fue entonces cuando aquel número apareció en su mente. El silencioso 016 que había salvado muchas vidas, pero que no sabía si haría hueco a una más. Sin embargo, dudó. Él la había enseñado a depender de él y ahora que volvía a tener la oportunidad de acariciar la tan ansiada libertad, se había amedrentado de nuevo. Daba igual hacia dónde escapase, él la encontraría, aunque fuese lo último que hiciera.

Y, de repente, a su mente acudió una última oportunidad. Una idea que, si funcionaba, lo alejaría de él para siempre y nada sería capaz de traerla de vuelta. Así que, como alma que lleva el diablo, llegó al cuarto de baño y abrió el armario de primeros auxilios, deseando que allí estuviera su única vía de escape. Nada más abrirlo, cayó en un mar cuajado de desesperación que la ahogaba más rápido de lo que a ella le hubiera gustado. Él había sido más astuto y había predicho sus pasos. Al fin y al cabo, si ya lo había hecho una vez, ¿qué le hacía pensar que no volvería a intentarlo?

Se deslizó apoyada en la pared hasta caer en el suelo. Sin embargo, aunque luchó con mantenerse serena, las lágrimas no tardaron en aparecer. Se había quedado sin opciones o, más bien, él la había dejado sin opciones. No tenía nadie a quien acudir. Todos los que la rodeaban habían sido engatusados bajo las dulces palabras que él decía, al igual que ella había hecho en un principio, ocultando de esa manera la cruel realidad que se

escondía debajo. Nadie la creería, aunque su angustia se hiciera líquida. Ya no tenía ni voz ni voto.

Fue entonces cuando comprendió que había caído en una telaraña de la que era imposible escapar. No importaba cuánto esfuerzo pusiera en hacer las cosas bien, no importaba que se dejara la piel en hacer todo perfecto. Ni siquiera importaba todo lo que deseaba poder retroceder en el tiempo, para ir a aquel lugar donde se habían prometido amor eterno; pues él seguiría siendo la misma bestia de siempre y, ella, la pobre ilusa que creyó tener el poder para cambiar al que decía que la quería.

FIN